

# PINOCHO

AÑO. III  
NUM. 137

25 cts

2. OCTUBRE  
1927



-LEVÁNTATE, PINOCHO, QUE SON LAS ONCE  
-ES QUE ANOCHE ME ACOSTÉ MUY TARDE  
-PUES AQUÍ ME TIENES A MI QUE NO ME HE ACOSTADO AÚN Y YA ESTOY  
LEVANTADO.

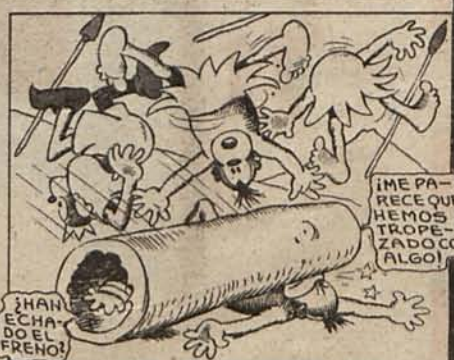


# Piñero



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EN LA PAMPA ARGENTINA

CUENTO POR EMILIO SALGAR

(Conclusión.)

dio velaba delante de su tienda, y un silencio reinaba en el poblado.

Todos dormían profundamente.

—Padre —dijo Carlos—, marchémonos en seguida. Antes que amanezca estaremos muy lejos y mañana llegaremos a la granja.

—¿Podremos andar tanto trecho? He oído contar que los indios, para impedir que se escapen sus prisioneros, les hacen estas incisiones en las plantas de los pies.

—Sin embargo, las mías no me hacen daño alguno.

—¿Estás decidido, Carlos?

—Sí, padre.

—Entonces en marcha, y que Dios nos proteja.

Salieron calladamente de la tienda, y asegurándose de nuevo de que nadie les vigilaba, atravesaron el campamento y llegaron con toda felicidad a la llanura. Nadie les había seguido, y por lo mismo podían confiar en que no serían sorprendidos.

La inmensa llanura parecía desierta. No se veía ni siquiera un lobo rojo, animales que abundan en las pampas y que a menudo se reúnen en bandadas numerosísimas para atacar a los animales más débiles.

Sólo los grandes grillos verdes cantaban, ocultos entre las altas hierbas.

Tomás y Carlos huían a todo correr, no teniendo más pensamiento que el de interponer el mayor espacio posible entre ellos y el poblado indio.

De vez en cuando se volvían, temiendo ver en el horizonte algún jinete lanzado sobre sus huellas.

Habían recorrido ya dos o tres millas, cuando empezaron a sentir agudos dolores en los pies, que a cada momento se hacían más insoportables.

Las incisiones hechas por el brujo se habían abierto y echaban sangre.

—Padre —dijo Carlos con acento de terror—, ya no puedo más; los pies son todo una llaga.

—Ha sucedido lo que me temía —replicó el colono—. Aquellos miserables sabían que con estas incisiones no podríamos ir muy lejos.

—¿Qué hacemos, padre?

—Andar hasta que caigamos. Si los indios nos cogen no nos dejan con vida.

—Al amanecer los tendremos encima.

—Al salir el sol nos esconderemos.

—¿Y no encontrarán nuestras huellas?

—Por aquí debe haber algún curso de agua —dijo Tomás—. Lo atravesaremos y después subiremos un poco agua arriba, a fin de que se pierdan nuestras huellas. Un último esfuerzo y en seguida des-

cansaremos de todas las fatigas que estamos sufriendo.

Hicieron un llamamiento a todas sus fuerzas y se pusieron en busca del riachuelo.

Los dolores seguían aumentando, y se hacían del todo insoportables. El pobre Carlos, especialmente, no podía más y lloraba.

Afortunadamente el alba estaba lejos aún y no se veía a indio alguno galopando por la pampa. Arrastrándose con infinitas dificultades, recorrieron otro kilómetro, empleando un par de horas, hasta caer







uno al lado de otro, sin ser capaces de dar un solo paso más.

Los pies, extraordinariamente hinchados, no podían sostenerles ya.

—¡Se acabó! —dijo el pobre Tomás—. ¡Pobre esposa mía! ¡Pobres de mis hijos! ¡Ya no os volveré a ver! De pronto, a lo lejos, oyéronse terribles rugidos.

Había amanecido, y los indios, al darse cuenta de la desaparición de los prisioneros, habíanse puesto en marcha para perseguirlos.

Una veintena de jinetes, armados de lanzas y lazos, habían aparecido entre las altas hierbas.

Debían haber descubierto las huellas de los fugitivos, porque seguían su misma dirección.

—Padre —dijo Carlos—, ya vienen.

—¡Huyamos, hijo mío! —contestó Tomás.

—Es imposible.

—Nos matarán si nos encuentran.

Pusiéronse en pie y echaron a correr, procurando dominar los atroces dolores que les causaban las heridas de los pies. Los indios les habían descubierto y galopaban furiosamente, agitando amenazadoramente las armas.

Sólo estaban a unos pocos centenares de metros cuando los dos fugitivos oyeron sonar trompetas entre las altas hierbas. ¡Eran unos soldados que tocaban paso de carga!

Un momento más tarde, cuarenta jinetes argentinos salían de una espesura y precipitábanse contra los indios, lanza en ristre.

Al frente de ellos cabalgaba un joven de unos quince años, armado de un fusil Wetterli.

Tomás y Carlos le habían reconocido en seguida: era Alfredo, el segundo de los hermanos.

Los indios, al ver a los soldados, habían vuelto grupas, huyendo rápidamente en dirección de su campamento.

Entretanto, Alfredo y el oficial que mandaba la sección habían echado pie a tierra, apresurándose a correr hacia Tomás y Carlos.

—¡Salvados! ¡Salvados! —gritaba Alfredo—. ¡Padre, hermano mío! ¡No creía volveros a ver.

El buen muchacho, después de los primeros transportes de alegría, les relató cómo habían llegado tan a punto.

Al ver que no volvían a la granja, se había figurado que habían sido sorprendidos por los indios y llevados hacia la pampa meridional.

Con el consentimiento de su madre, había montado en seguida a caballo para ir a pedir socorro a un pue-

blo de colonos situado a siete millas más al norte, junto la frontera argentina.

Por una afortunada casualidad había llegado precisamente aquel mismo día aquella sección de soldados, con la misión de efectuar reconocimientos en las pampas.

El oficial, al saber que los dos colonos habían sido capturados, se puso a la disposición del muchacho, decidido a dar una buena lección a los indios.

Como hemos visto, había llegado a punto de impedir que Tomás y Carlos cayeran de nuevo en manos de aquellos bandidos. Dispersados los enemigos, los jinetes regresaron a la granja,

llevando a los dos rescatados, que pudieron abrazar, por fin, a las personas queridas.

Tomás no ha abandonado sus tierras, a pesar de aquella peligrosa aventura. Hoy, después de varios años de trabajo, sus posesiones son unas de las más hermosas y más ricas de las pampas, y son citadas como las más productivas. Debemos decir que los indios le han dejado en completa tranquilidad después de la aparición de los soldados argentinos.

FIN







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Oye, mi querido buho, quiero hacerte una pregunta, pero no me atrevo. Me parece que voy a decir una tontería.

—Tú dirás, amigo Chonón, qué cosa se te ha ocurrido.

—Permíteme que antes te explique el origen de la duda que motiva la pregunta que quiero hacerte. Hoy he paseado por el monte.

—Ya se te nota en la cara. El sol te ha tostado la piel. Además, traes los pantalones llenos de espinas de cardos, señal evidente de que has andado entre ellos. Y en los codos llevas pegadas hojas de esas plantas que parecen estar revestidas de goma.

—Precisamente de eso se trata, amigo buho. De esas plantas revestidas de un jugo adherente que me ha recordado el papel cazamoscas. He observado una de esas plantas y he visto cómo quedaba aprisionada, por culpa de la pegajosa substancia de que está cubierta, una linda mariposa. Claro que en cuanto me he dado cuenta del percalce la he cogido con mucho cuidado por las alas y he logrado desprenderla de la traidora hoja. ¡Si vieras con qué alegría revoloteaba cuando se ha visto en libertad!

—Como que la has salvado de una muerte segura. Esos sentimientos de protección a los animales te honran mucho, Chononcito.

—Pero más adelante he encontrado otra planta que tenía las hojas parecidas a cucuruchos. He mirado por la boca de uno de esos cucuruchos y he visto que casi por su mitad estaba llena de cadáveres de insectos. Y aquí nace en mí una duda, de la que quiero que me saques. Tú me has dicho otras veces que en la Naturaleza todo tiene su porqué, y es evidente que esta disposición de las hojas también lo tendrá; pero por mucho que discurro vengo siempre a parar a la conclusión de que estos insectos muertos sólo pueden servir para alimentar a la planta, y en este punto surge mi pregunta. ¿Comen carne las plantas?

—No es, ni mucho menos, una tontería lo que me preguntas. Al contrario; has observado muy atinadamente y has venido a parar a una conjetura que es un hecho real. Sí, señor Chonón, hay plantas que comen carne.

—¿Plantas carnívoras?

—Efectivamente. Plantas carnívoras se llaman. Lo mismo que los animales que comen carne. El hombre ya sabes que también es carnívoro.

—Lo sé por la experiencia adquirida en el comedor de mi casa, donde se sirven con frecuencia suculentos estofados de carne de vaca, deliciosas empanadillas de jamón y ternera, ricos pasteles de liebre y...

—Bueno; como sigas hablando de estas cosas, pelagra nuestra charla.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la hora de la merienda y no está el estómago para soportar tanta relación de platos. O nos vamos a merendar o charlamos.

—Charlemos, pues. Te advierto que yo ya he merendado.

—Que aproveche.

—Háblame de las plantas carnívoras.

—Hay gran variedad de ellas, y existen en todas partes. El cardo, tan conocido de todos, tiene un dispositivo en sus hojas que forma una bolsa junto al tallo de la planta. Esta bolsa se llena de agua cuando llueve, y en esta agua se ahogan una porción de insectos.

El caldo que resulta es un alimento del que se nutre la planta.

—¿Y si no llueve? Se morirá de hambre.

—No muere porque sus raíces, ahondadas en la tierra, le suministran otras substancias alimenticias. El hecho de que una planta o un animal sea carnívoro no significa que exclusivamente haya de comer carne. Puede comer, y come, otras cosas.

—Tienes razón. Yo soy carnívoro, y, sin embargo, me gusta la fruta, y los pasteles, y los bombones, y...

—Chonón, que es la hora de la merienda!

—Perdona. Se me había olvidado. Sigue.

—Hay otra planta, llamada el *nepente*, cuyas hojas tienen la forma de jarritos. Estos jarritos tienen en su interior un néctar riquísimo que atrae a los insectos; pero como es un líquido muy pegajoso se quedan los pobres bichos adheridos a él, y la jarrita se va llenando de cadáveres, de los que la planta se nutre. Pero es más curioso el caso que nos ofrece una variedad de planta carnívora llamada *drosera*. Esta planta se da perfecta cuenta de la proximidad de un trozo de carne. Parece como si tuviera olfato.

—¿Cómo es posible saber esto, si las plantas no tienen nariz?

—No es decir que huelan, precisamente; pero la sensación debe ser muy parecida. El hecho es que aproximando un trozo de carne a una *drosera*, la planta se inclina lentamente hasta alcanzar la carne y aprisionarla entre los pelos o tentáculos de que está provista. ¿Verdad que es curioso el caso, querido Chonón?

—Me dejas maravillado.

—Pues aun puedo citarte otro ejemplo de planta carnívora tan interesante como los anteriores. Es decir, más interesante. Más misterioso.

—¿Más todavía?

—Más. El sabio naturalista Linneo, tan conocedor de los encantos de la botánica, dió a la planta a que me refiero el nombre de *milagro de la naturaleza*. Y, en verdad, que como milagro puede conceptuarse.

—Dime qué planta es esa y en qué consiste su cualidad milagrosa. Me tienes asombrado.

—Es una planta llamada *dionea*. Sus hojas son como pequeños cepos, provistos de aguzadas púas en sus bordes. Cuando un insecto se posa en ellas se cierran con rapidez, como vosotros cerráis la mano, y el insecto queda cogido en la trampa. Hasta que la planta no lo ha digerido no vuelve la hoja a abrirse.

—Esto parece demostrar que hay plantas que disponen del sentido del tacto.

—Así lo parece y así puede asegurarse que es. Ahí tienes el caso de la llamada *sensitiva*.

—Cuéntamelo, que cada vez despiertas más mi curiosidad. Sabes tantas y tantas cosas, que siempre hay en tu pico palabras interesantes. Cuenta, cuenta.

—Mira, Chonón, agradezco tu alabanza; pero ya te he dicho antes que estoy sin merendar, y, la verdad, ya es hora.

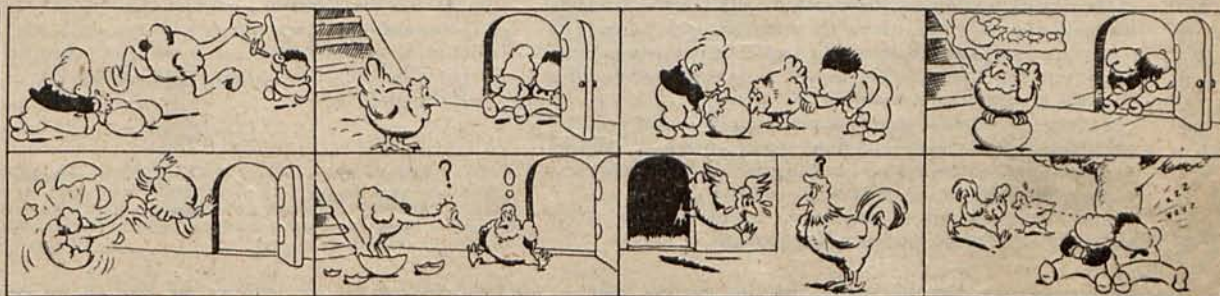
—Tienes razón. Otro día hablaremos de la *sensitiva*, ¿no te parece?

—Habla de lo que tú quieras.

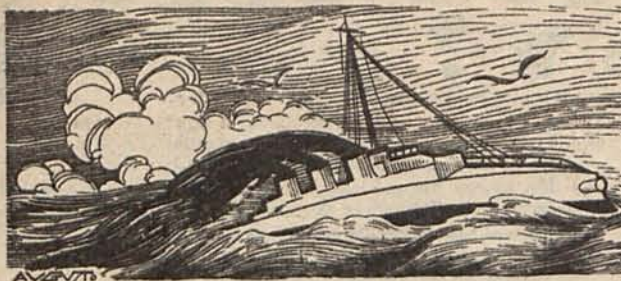
—Bueno; pues adiós.

—Adiós.

¿QUÉ PINOCHILTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?







# EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

se convenció de que se trataba de un auténtico vigilante del presidio.

—¡Claro!

—¿Dónde vais a esta hora? ¿Cosas del servicio?

—¡Cal... Nada de eso. Un paseo por la bahía.

—Por capricho.

—Claro está.

—Cuidado, amigo; porque me parece que tendréis agua por arriba y por abajo.

—No lo creo. Buena guardia.

—Buen viaje.

El bote se alejó.

El centinela se quedó allí un rato para oír el canto armonioso y dulce de aquel hombre, a quien creía vigilante del presidio; después volvió a su paseo, uniforme y monótono.

El número 2.117, todo bañado de sudor por el miedo que había pasado de ser descubierto y los esfuerzos por mantenerse tranquilo, se puso a remar, primero poco a poco hacia fuera; pero cuando estuvo seguro de no poder ser visto ni oído, remó con bastante fuerza, que parecía quererle arrancar los brazos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuraba—. ¡De buena me he escapado!...

Y baja que te baja seguía adelante, hasta que de pronto detuvo la marcha, y moviendo con el pie la barra del timón hacia la izquierda, dirigió la proa hacia la costa, en donde un ruido más fuerte que las olas y un vislumbre blanquecino indicaba la escollera.

De pronto se detuvo, y por tres veces intentó el canto del *tataré-taitená*.

La misma señal llegó de la orilla.

El joven capitán no vaciló más; acercó el bote con rara habilidad a un escollo, y, manteniéndolo firme con la ayuda de un garfio, se dirigió a los cinco compañeros, que de roca en roca habíanse acercado, siguiendo la maniobra entre las tinieblas.

—¿Nada de nuevo? —preguntó.

—Nada.

—Embarcad.

Silenciosamente los cinco subieron a bordo.

—Que cada uno de vosotros coja un par de remos; yo me pondré al timón.

Los fugitivos, con una habilidad y un orden que indicaban el ejercicio habitual de aquella operación, obedecieron.

Esto, amigos míos, os parecerá extraño.

La administración penitenciaria de allá emplea al efecto los galeotes en aquel oficio de remeros, que, además de constituir una discreta diversión y una buena medida higiénica, constituye una economía; así es que muchos de ellos llegan a ser excelentes remeros.

El bote, impulsado vigorosamente por los diez remos y guiado con gran maestría, volaba directo como una flecha al puerto de Numea, cuyas luces brillaban, vivas y apretadas, en el fondo de las tinieblas.

Rodolfo de Barenval, seguro entonces de que nadie, salvo un camarada, podía oírle, empezó a hablar.

—Amigos míos —les dijo—, cuando me habéis interrogado no os contesté porque el tiempo era precioso y el silencio necesario; ahora, no; ahora estamos solos, tenemos una larga travesía que recorrer y podemos charlar...

Durante unos instantes nadie habló.

Oíase el sonido claro y regular de los diez remos, que se hundían rápidamente y se alzaban goteando entre el ruido agudo de los toletes.

Por último, aquel galeote que vestía de vigilante como Barenval, y que era un tal Collap, condenado por homicidio, preguntó:

—Capitán, ¿dónde nos conducís?

—Al muelle de Numea.

—¡Diablo! ¿Y una vez allí?...

El número 2.117 no contestó en seguida; levantó un poco la cara y miró con aire pensativo a lo lejos.

De pronto dijo:

—¿Sabéis que en la bahía hay tres buques ingleses?

—Sí.

—Dos cruceros y un torpedero de altura.

—¿Y qué?

—Deben marchar al ser de día; por esto el gobernador de la isla da esta noche una gran fiesta, a todos los oficiales y marineros ingleses.

—Prosiga.

—Oyendo las conversaciones de los guardianes del presidio de Nou me he enterado de muchas cosas.

—¿Por ejemplo?...

—Que el almirante Wilson ha tenido grandes disgustos a causa de una revuelta de marineros de la tripulación del torpedero, y que se vió obligado a encerrar a unos cuantos de ellos en la bodega con cepos en los pies, en espera del consejo de guerra.

—¡Diablo!...

—Amigos míos, esta noche los tres barcos ingleses están casi del todo desguarnecidos de marineros...

Insensiblemente los cinco forzados habían disminuido la velocidad de los remos para escuchar mejor, y el bote iba retrasando su marcha a cada momento...

El capitán se dió cuenta de ello y se enfadó:

—¿Qué estáis haciendo? —gritó—. Adelante, adelante a toda marcha...

Los remeros cogieron de nuevo con vigor la velocidad perdida.

—¡No comprendo!... —exclamó Collap, que se había convertido en el legítimo portavoz de sus camaradas.

—Me explicaré mejor dijo el número 2.117—. Sabéis perfectamente que para huir de aquí con éxito necesitamos disponer de un verdadero barco que pueda desafiar las iras del mar y las persecuciones de los hombres (1).

—Es verdad.

(1) Rodolfo de Barenval tenía razón; muchas y arriesgadas fugas efectuáronse en la Nueva Caledonia en simples botes; pero los fugitivos o murieron de hambre y extenuados o ahogados, o después de errar a la ventura fueron recogidos medio muertos por algún barco para volver al presidio. Esto ha sucedido hace poco.



Si yo os dijese: «Compañeros: allí, junto al muelle de Numea hay un barco de guerra pequeño, pero terrible, que después de haber estado todo el día embarcando carbón, espera a su tripulación para zarpar. A bordo sólo hay tres o cuatro personas; ¿os sentís capaces de seguirme, subir al ágil navío, reducir a la impotencia a los escasos hombres de la guardia, obligar a los maquinistas a poner en marcha el barco y huir en él?»

Los cinco deportados palidecieron en silencio, experimentando una vaga sensación de vértigo, cual si fuesen suspendidos encima de un abismo.

—Capitán —murmuró Collap, con voz temblorosa—. Capitán, ¿por qué os burláis?

Rodolfo de Barenval le interrumpió diciendo:

—¿Tengo cara de un hombre que quiere burlarse?

—No; pero...

—¿Os negáis?...

—Un momento...

—¿Os negáis?... Volvámonos atrás. Sois unos cobardes...

—¡Basta! —gritó Collap—. Nos haremos matar.

—No. Triunfaremos.

Y el audaz capitán, hablando animosamente y añadiendo a sus palabras ciertos gestos expresivos, explicó su proyecto y la parte que a cada cual correspondía.

A cada objeción espontánea y natural de Collap oponía su inalterable fe.

—Triunfaremos; dejadme hacer...

—Sentía dentro de sí que no era posible el fracaso... porque tenía el presentimiento que tienen a veces los jugadores al arriesgar la última moneda.

Y con los presentimientos no se discute; hay que obedecerlos.

Poco a poco, dominados por la seguridad de su jefe, los fugitivos se convencieron; vieron en su imaginación cómo el fabuloso proyecto tomaba las líneas y la consistencia de la realidad, del hecho cumplido, y se dejaron llevar por un entusiasmo fiel, que no se revela ni estalla en gritos locos, sino que queda mudo y activo, concentrándose en él todo el vigor del cuerpo.

El bote corría sobre las olas, elevándose, cual si quisiera saltar fuera de las aguas y volar.

Pasó por entre los cruceros ingleses, silenciosos e inmóviles; entró en el muelle, y, después de unas cuantas remadas, amortiguó su marcha.

De la ciudad llegaban los rumores de la doble fiesta, oficial en el palacio y popular por las calles; pero allí, en un largo espacio en torno, con el mar ligeramente movido, no había alma viviente.

—Rodolfo de Barenval dirigió la embarcación al lado exterior del barco de guerra, lo detuvo borda a borda, murmuró unas palabras extrañas, y, mientras sus compañeros desarmaban los remos, se puso en pie, y, falseando la voz, gritó en un mal inglés:

—¡Eh, los del torpedero!

Los pasos graves y pesados de un hombre resonaron por la cubierta del barco, y se asomó un rostro que preguntó, mirando hacia abajo:

—¿Quién llama?

—Unos franceses.

—¿Qué queréis?

—Desembarcar; somos dos vigilantes de la isla de Nou.

—¿No hay una escalera?

—Sí; pero tenemos prisa.

—Vaya unas horas...

—Por culpa del servicio, amigo...

—Bueno. Subid.

—¿Sois el vigilante de guardia?

—Sí.

—Y los demás de diversión, ¿eh?

El joven lanzó un juramento por su mala sombra, comparada con la de sus compañeros, y bajó la escalerita, sin ocultar su mal humor.

Barenval y Collap subieron a cubierta.

—¿Estáis solo? —preguntó el capitán al inglés.

—¡Oh, no! Hay a bordo el segundo maquinista y dos fogoneros, que tienen las calderas encendidas.

Los fugitivos no pudieron reprimir un ligero movimiento de alegría.

—¿Por qué? —preguntó Barenval.

El marinero señaló a los falsos vigilantes el cielo bo-rascoso.

—¿No veis? —dijo—. El tiempo se pone feo, y podríamos vernos obligados a emprender la marcha de un momento a otro.

—¡Oh!...

El inglés sonrióse.

—Vosotros no entender; y de estas cosas menos.

No pudo terminar la frase. Collap, a una imperceptible seña del capitán, se le había colocado detrás, y de pronto le había agarrado por la garganta, echándolo al suelo.

—En medio minuto el infeliz fué amordazado, atado, reducido al silencio y dejado en un rincón de la cubierta sin que pudiera moverse.

Los otros cinco galeotes subieron en seguida a bordo, esparciéndose por el barco; los dos armados de machetes hacia las cuerdas que sujetaban el barco al muelle, a las cuales empezaron a dar grandes golpes para cortarlas; el resto marchó detrás del capitán, que se lanzó a las máquinas con el revólver en la mano.

El segundo maquinista y los dos fogoneros, sorprendidos, desarmados, no opusieron resistencia alguna.

Rodolfo de Barenval les hizo conducir a la sala de máquinas, y les dijo con aire decidido:

—Jóvenes: aquí, por ahora, mando yo, con el derecho del más fuerte; os aconsejo que me obedezcáis sin inútiles resistencias para evitarme el disgusto de teneros que matar de un tiro. Avivad el fuego y tened dispuestas las máquinas. Hombre avisado... ¡No tengo más que deciros!...

Después volvióse a Collap, que se mantenía dos pasos atrás con el revólver apuntado.

—Collap —le dijo—, te confío el mando de estos tres; a la menor vacilación, pégales un tiro.

Los ingleses estaban anonadados ante la imprevista rapidez de aquella sorpresa y el tono brutal de aquella intimación, y obedecieron magistralmente las órdenes.

El capitán, dejando uno de los fugitivos en compañía de Collap, subió a cubierta y saltó encima del puente de mando.

—¡Lo's de las cuerdas!...

—Capitán.

—¿Están ya cortadas?

—Faltan sólo dos golpes.

—Pronto, por mil diablos.

—Un momento; ya el barco está libre.

Al oír tales palabras Rodolfo de Barenval sintió palparle el corazón con una emoción intensa.

Era aquel instante, ya lo comprendéis, el instante supremo que debía darle la libertad o la muerte, la esperanza y el olvido para siempre.

Miró el mar y el cielo lleno de oscuras amenazas, y con voz desgarrada dió la orden suprema:

—¡Máquina adelante!

En aquel momento un relámpago vivísimo rasgó la sombra tenebrosa, iluminando fugazmente la bahía, la nave, el muelle, toda la escena.

Entonces oyóse un grito y una voz de asombro exclamar.

—¡El número 2.117!...

Rodolfo de Barenval volvióse hacia la voz, pero no vió a nadie; la obscuridad se había hecho más densa después de aquella luz deslumbradora.

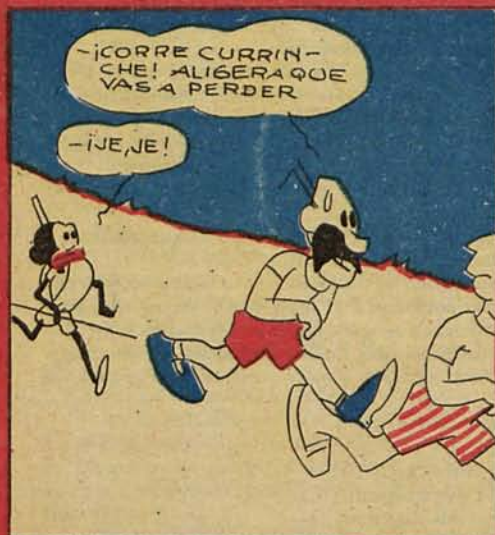
De un extremo del torpedero, junto a uno de los cables

(Continuará en el número próximo.)





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA

¡SI LE GUSTA ESTE TIPO  
DE CASITA SE LA PUEDO  
CONSTRUIR EN VEINTE  
MIL PESETAS!

¡NO ME GUSTA ESE  
TIPO, NO QUIERO NI  
VERLO!

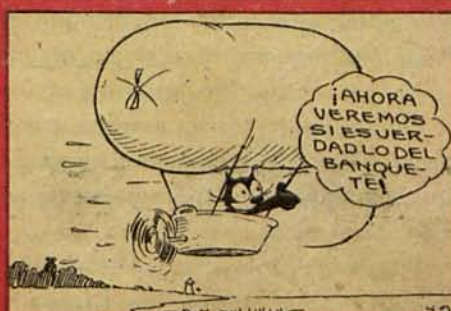
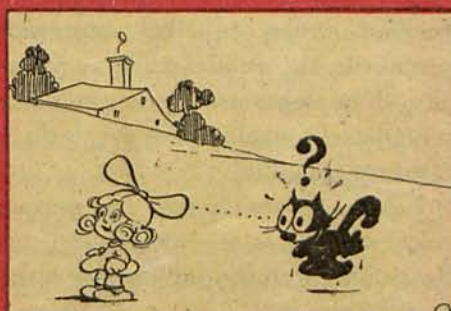
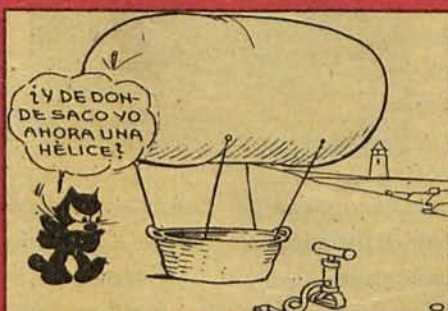
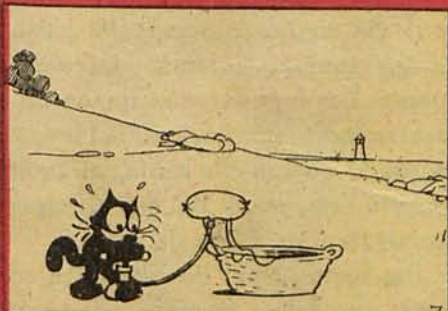
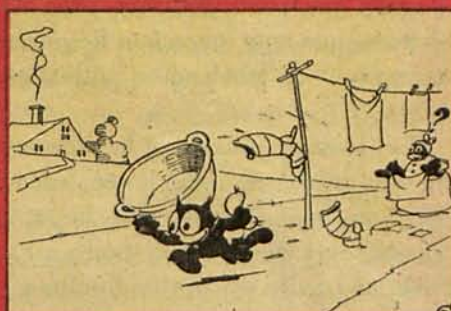
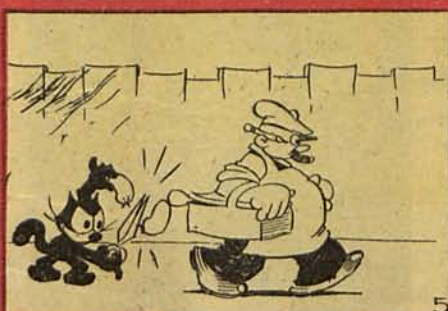
¡NO ME  
GUSTA ESE  
TIPO, NO QUIE-  
RO NI VER-  
LO!

¡PASE USTED DONA JU-  
VENCIA! ¡QUE PLACER  
DE VERLA A USTED  
POR MI CASA!

¡NO ME GUS-  
TA ESE TIPO,  
NO QUIERO  
NI VERLO!

¡ERES UN GROSE-  
RO! ¡TE HA OIDO DONA JU-  
VENCIA Y SE HAIDO  
TODA INDIG-  
NADA!

## PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





# CUENTOS DE CALLEJA

## MODELO DE CARÍÑO

Castillo

**D**ASCUALITA Pérez era lo que suele llamarse una buenísima muchacha. Huérfana desde su más tierna edad, había sido acogida por una santa señora, llamada doña Antonia, a la cual profesaba un cariño verdaderamente filial. Puede decirse que no había conocido otra madre.

Como su protectora era rica y sentía por la buena y hermosa Pascualita un afecto entrañable, decidió costearle toda clase de estudios para hacer de la niña una mujercita de provecho. Y tanto aprovechó Pascualita los medios que doña Antonia puso a su alcance, que muy joven aun llegó a ser un modelo de muchachas cultivadas y útiles.

Tan buenas prendas y la esperanza de que un día aquella joven, además de linda, buena e instruida, fuera inmensamente rica, atrajo junto a Pascuala una nube de pretendientes a su mano; pero ella, que era muy discreta, rechazó todas aquellas interesadas pretensiones, manifestando su propósito de no separarse de su protectora y dedicarle exclusivamente todo su afecto y solicitud.

Las gentes envidiosas, que porque son incapaces de hacer el bien no creen en él, atribuyeron la decisión de Pascualita al deseo de heredar a su protectora.

—¡Miren qué lista es la chica —decían—; quiere arramblar con todo! De fijo que el día en que muera doña Antonia no va a dejar ni un clavo en la casa. ¡Apañados están los parientes con la buena señora!

No le importaron un comino a la joven tales murmuraciones, porque, como tenía limpia la conciencia, nada le preocupaba cuanto pudieran decir; al contrario, todo ello sirvió para que pusiera mayor empeño en hacer felices los últimos días de su bienhechora.

Murió doña Antonia en brazos de Pascuala, quien, durante la enfermedad de su bienhechora, no se apar-

tó ni un momento de su lado. Apenas ésta hubo exhalado el último suspiro, una nube de parientes más o menos lejanos de la difunta, se presentaron a reclamar la herencia que en su concepto les correspondía.

La pobre Pascuala tuvo entonces que hacer gran acopio de resignación, porque los herederos presuntos quisieron desde luego echarla a la calle, empleando las frases más duras y crueles.

—Te puedes ir —decían—; tú ya tendrás una buena bolsa del dinero que hayas quitado a nuestra tía.

—Quizá te lleves más que dejes —exclamaban otros.

—Miren la advenediza —añadían algunos—. Lo menos te figurabas que ibas a heredar a nuestra parienta.

A pesar de todo, la buena Pascualita manifestó resueltamente que, si no era a viva fuerza, no desalojaría la casa hasta tanto que se enterrara a su protectora.

Y fué ella quien la amortajó, veló, y al día siguiente acompañó hasta la misma tumba, llorando desconsoladamente. Los herederos se quedaron en la casa mortuoria haciendo el inventario de lo que en ella había, mirándose

unos a otros con recelo, temerosos de que desapareciese alguna joya o algún otro objeto de valor.

Cuando volvió Pascualita, toda llorosa, la dijeron que allí no tenía nada que hacer; y ya iba a marcharse, sin saber adónde, pues no tenía dinero, cuando apareció el notario. Llevaba el testamento de la finada, y manifestó que era absolutamente precisa la asistencia de Pascualita al acto de la lectura de dicho documento.

Allí se consignaba, con gran escándalo de los parientes, que instituía a la niña por heredera universal de sus bienes; pero que si no quería aceptar el cuantioso legado, la mandaba que eligiera entre los objetos de su pertenencia uno, el que quisiera, y lo conservara como recuerdo suyo.







Los chasqueados parientes, creídos de que sus esperanzas se habían desvanecido para siempre, miraron con angustia a la joven; el notario la preguntó si aceptaba la herencia de doña Antonia, y ella contestó con firmeza:

—No; renuncio a esa fortuna en beneficio de sus parientes.

Los favorecidos dieron gritos de alegría y la colmaron de agasajos.

—Pues entonces —dijo el notario—, elija usted, entre los objetos que pertenecían a la testadora, el que más le agrade.

Se vació sobre la mesa el guardajoyas de doña Antonia, y los herederos se echaron a temblar.

—Va a coger aquel collar de perlas —pensaban.

—O aquellos pendientes de brillantes.

—O aquella pulsera de oro y esmeraldas.

Pero Pascualita, dejando las joyas, eligió un crucifijo de madera, de escaso coste y poco valor artístico, diciendo:

—Esta efigie ha sido la inseparable compañera de mi querida bienhechora, y quiero llevármela como recuerdo de su cariño.

Inútil es decir la sorpresa que produjo tan inesperada elección. Pascualita cogió su crucifijo y algunos de sus vestidos, los más modestos, y se marchó.

Los herederos disfrutaron bien poco de aquella herencia. Cada cual lo quería todo para sí, y de sus disputas surgió un pleito, que hizo pasar a manos de la curia hasta el último céntimo de la herencia. Los que ganaron el pleito quedaron arruinados. ¡Cómo quedarían los que lo perdieron!

Pascualita empezó a dar lecciones de música y de idiomas, ganando con su trabajo honrado lo suficiente para vivir. En su modesto cuartito ocupaba el lugar preferente el Cristo que heredara de su antigua protectora.

En el cuarto de al lado vivía una pobre señora muy anciana, cuyo hijo era su único sostén. Mientras tuvo trabajo, todo iba perfectamente; pero éste escaseó, y apenas ga-

naba con qué mantener a su madre. La pena y la miseria le hicieron enfermar, y cierto día se enteró Pascuala de que ni el enfermo ni su madre habían comido más que unos mendrugos de pan en el espacio de dos días.

Pascualita les obligó a compartir con ella sus provisiones. Pero era preciso más; para que el joven se salvara hacía falta dinero, porque necesitaba un cuidado esmeradísimo, una alimentación reparadora y costosas medicinas. Los recursos de Pascuala no daban para tanto.

En aquella situación, la buena mujercita se dirigió a su Cristo, al cual confiaba todas sus penas, y, cogiéndole en sus manos y besándole amorosamente los pies, le pidió que protegiese a sus desgraciados vecinos. Rogaba y suplicaba con grande encarecimiento, cuando de pronto sintió un crujido y vio que caían del pie de la cruz apretados rollos de billetes de Banco.

¡Júzguese cuál sería su sorpresa!

Bajóse a recoger aquella lluvia de dinero, que consideraba como regalo de la Providencia, cuando entre los billetes encontró un papelito muy doblado, en el cual estaba escrito lo siguiente:

«A mi querida Pascuala: Para probar tu cariño hice que eligieras entre mis alhajas lo que te pareciera más digna de ti. Sólo eligiendo este Cristo acreditabas tu desinterés. Pues bien, hija mía, yo he querido recompensar tu amor desinteresado haciendo que la mayor parte de mi fortuna se encierre en un secreto escondite practicado en este símbolo de redención que reservaba para ti. Haz buen uso del dinero y acuérdate siempre de la que fué tu madre adoptiva.»

Pascuala besó llorando aquel escrito, que la recordaba el entrañable afecto de su protectora, y, pasados los primeros transportes de alegría, corrió al cuarto de al lado a participar la buena nueva. Les regaló una buena suma, con la cual salieron de apuros, y ella, rica y poderosa, disfrutó de sus bienes santamente, siendo el amparo de los pobres.

Y he aquí cómo Dios premia los afectos nobles y desinteresados.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden colaborar en esta sección; pero es condición absolutamente indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Ruiz, visto por  
A. ORTIZ.



Entrando en el puerto.  
PAQUITO CIENFUEGOS.



### Chistes.

¿Qué periódico debe comprar uno que está enfadado?  
*Buen Humor.*

IGNACIO MARTÍN ORTIGOSA.

¿Qué periódico debe comprar uno a quien dan una propina?  
*Muchas Gracias.*

FRANCISCO CABALLERO PAREDES.

Un viajante que se las daba, de gracioso abrió la portezuela de un vagón de tercera clase, y viendo todo ocupado pregunta a un andaluz que estaba sentado cerca de la ventanilla

—¿Está completa el arca de Noé?  
El andaluz paseó la mirada tranquilamente por todos los sitios y contestó:  
—Suba usted, que me parece que falta el burro.

MARÍA HALCÓN.

—Voy a dar a usted una prueba de confianza, don Blas.  
—¿Cómo?  
—Pidiéndole un duro.  
—¿Y a eso le llama usted dar?

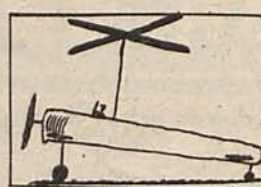
Un caballero estaba viendo 'un cuarto desalquilado muy húmedo.  
—De aquí se sacarán muchos dolores reumáticos —exclama.  
—No tenga usted cuidado —respondió el portero—, el anterior vecino se los ha llevado todos.

VICENTE VERA.

Iba Pinocho de caza, cuando de pronto un árbol con trece loros. Se echó la escopeta al hombro, disparó y mató solamente uno.

—¿Cuántos loros quedaron en el árbol?  
—Pues... doce.  
—No, señor; no quedó ninguno, porque, al oír el disparo, los demás remontaron el vuelo y se escaparon.

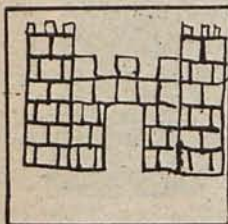
GERARDO P. DEL CAMINO.



El autogiro «Lacierva».



Pirulita.  
M. HIDALGO.



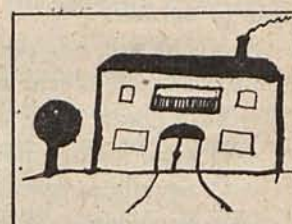
El castillo de mi tío Paulino.  
PAULINO LILLO.



Personajes de PINOCHO.  
MANUEL MARTÍNEZ.



Mi amiga.  
ELVIRA SERRANO.



La casa de Pinocho.  
V. TACÓN.



Don Turulato.  
LOLITA FERNÁNDEZ.



Paco Morronguis.  
RODOLFO RAMÍREZ.



Un africano.  
ANGEL MARTÍNEZ.



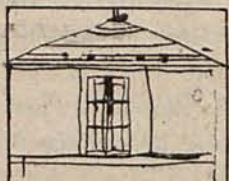
Chiquilín.  
N. QUINTANA.



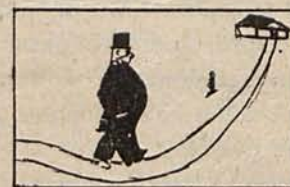
Cañamón.  
ALVARO FONTANALS.



Mi perrito Nose.  
EMILIO M. L. DE MORETA.



La casa donde veranea Pinocho.  
MERCEDES MUÑOZ.



Don Amaro yendo a su casa.  
AMALIA MORETA.



Chapete en guerra.  
RAMÓN MÉNDEZ



Diversas fases de Morronguis.  
J. L. FERNÁNDEZ.



Un túnel.  
R. S. MONTORO.



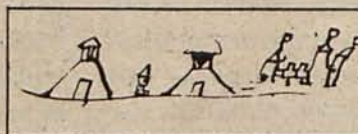
Don «Turu».  
A. ROBINA.



Representaciones.  
JOSÉ M.ª MARA.



El «auto» de Pinocho.  
JOSÉ JACINTO.



Un campamento.  
JUANITO MARTÍNEZ.



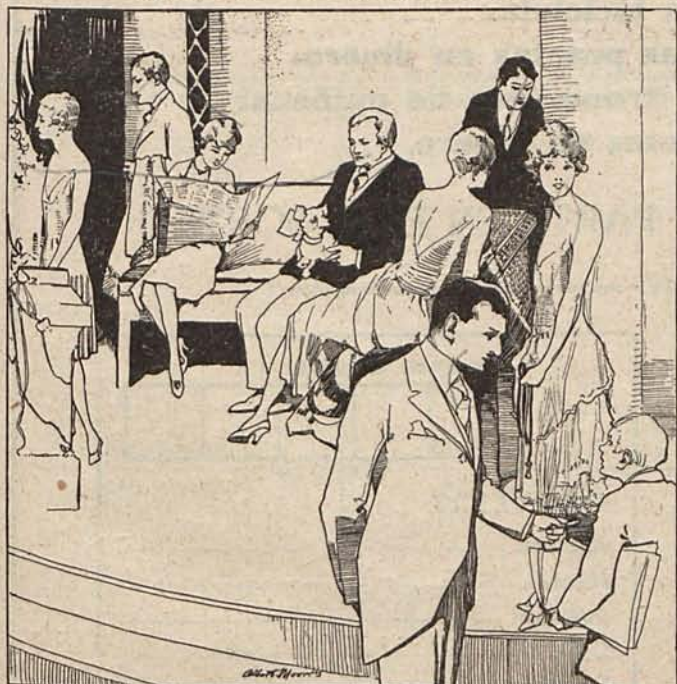
Pez.  
S. PERNAU.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

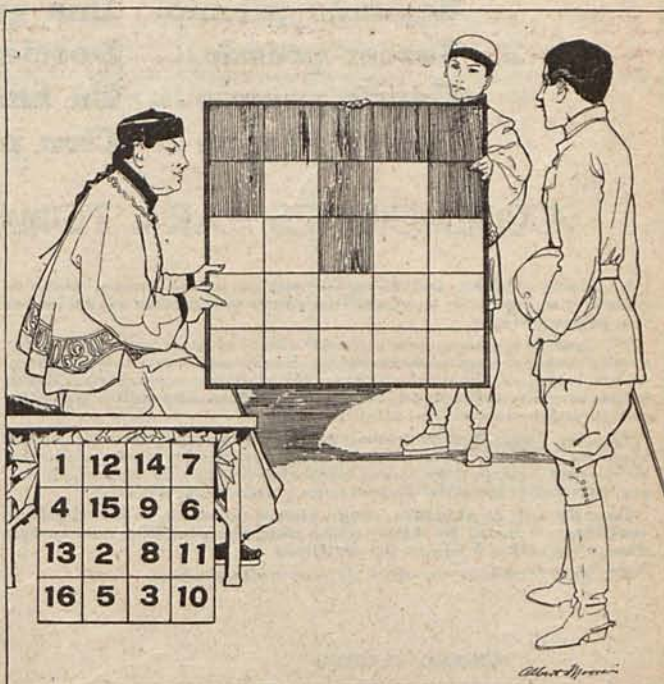
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## EJERCICIO DE OBSERVACIÓN



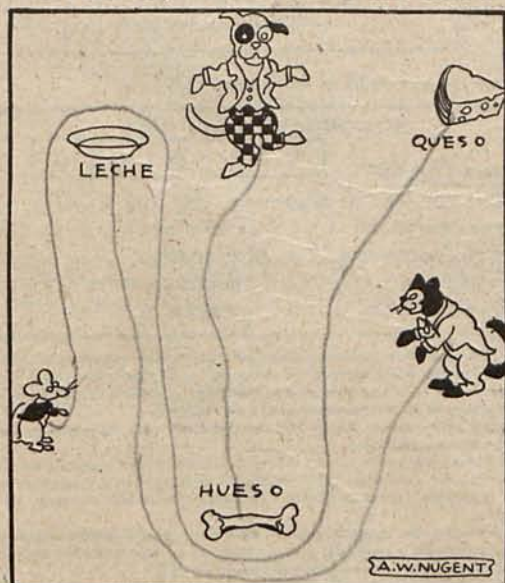
Como veis, en este dibujo hay cuatro señoras y cuatro caballeros. Sabemos que se trata de cuatro matrimonios, y hay que averiguar qué señora corresponde a qué caballero. Los únicos datos para averiguarlo serán los que deduzcamos de la observación. Fijaos en lo que hacen o en lo que tienen en las manos y pensad...

## CUADRO MÁGICO



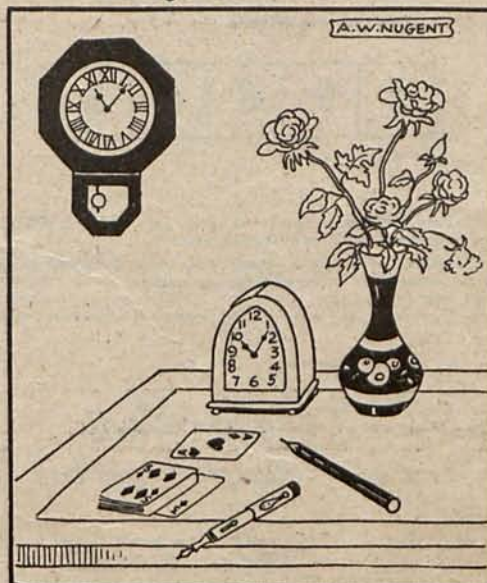
Un cuadro mágico es aquel que está formado por números cuya suma lo mismo es vertical, que horizontal, que oblicuamente. El ejemplo lo tenéis en el cuadrito de la izquierda, cuyas filas de números suman 34. Para el que habéis de formar sólo emplearéis desde el 1 al 21, ambos inclusive, pero colocando en los cuadritos rayados sólo números primos, que son, en este caso, el 1, 2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19 y 21. Como estos números son diez y cuadros sólo son nueve, ¿Cuál es el que sobra? En los cuadros blancos pondréis los otros números. La suma de las columnas será 65.

## EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO



Se trata, en este rompecabezas, de trazar una línea desde el perro al hueso. Otra desde el gato a la leche, y otra desde el ratón al queso, de forma que ninguna se toque ni se cruce.

## DIBUJO CON ERRORES



Seis son los errores del presente dibujo. Como son muy poquitos estoy seguro de que los acertaréis pronto. Como ejemplo, os diré uno. Los relojes marcan distinta hora. ¿Cuáles son los otros cinco?



# GRAN SORTEO DE NAVIDAD DE 1927 PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

**Primer premio...** Un «auto» Citroen.

**Segundo premio.** Una gran bicicleta.

**Tercer premio...** Doscientas pesetas en dinero.

**Cuarto premio ..** Un baúl «trousseau» de muñeca.

**Quinto premio ..** Cien pesetas en dinero.

## CONDICIONES PARA TOMAR PARTE EN ESTE SORTEO

1.ª Hemos publicado dieciséis cupones para este sorteo. Estos cupones se recortarán y se pegarán en su sitio correspondiente en la *plantilla* que publicamos en la página siguiente.

2.ª También se puede mandar la *plantilla* aunque no se conserven todos los cupones o aunque se tenga solamente algunos. En este caso se enviará la *plantilla* y, además, tantos sellos de a *real* (veinticinco céntimos) como cupones falten. **Estos sellos no deben nunca pegarse a la *plantilla*. Los sellos que vengan pegados no tendrán ningún valor.**

Ejemplos: Tienes dieciséis cupones; pues los pegas a la *plantilla* y la envías sin añadir ningún dinero en sellos. Tienes diez cupones; pues los pegas y añades seis reales en sellos para sustituir los seis cupones que te faltan. No tienes ningún cupón; pues tendrás que enviar dieciséis reales en sellos con la *plantilla*.

**Cuando con la *plantilla* venga dinero en sellos es NECESARIO certificar la carta. No será válida ninguna *plantilla* que traiga dinero en sellos y venga sin certificar.**

3.ª En la *plantilla* hay un espacio de cinco casillas como éste

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

en el cual debe escribirse un número de los que entran en el sorteo de la lotería de Navidad, o sea del 1 al 60.000. Cada cifra se escribirá claramente en una casilla. Así, por ejemplo, si se elige el número 59.863 se escribirá así:

NÚMERO ELEGIDO

5	9	8	6	3
---	---	---	---	---

4.ª Se escribirá también, en el sitio reservado para ello en la *plantilla*, el nombre y dirección completa del Pinochista remitente.

5.ª Una vez hecho todo esto, se meterá en un sobre la *plantilla* y se escribirá en el sobre, con letra clara, la dirección en esta forma:

*A Pinocho*  
(Para el Sorteo de regalos)  
  
*Madrid*  
*Apartado 447*

En la otra cara del sobre se escribirá lo siguiente:

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

REMITENTE

Apellidos .....

Nombre .....

Población .....

Calle ....., núm. ....

Provincia .....

De modo que el sobre deberá quedar en esta forma:  
Por el anverso (o derecho), así:

*A Pinocho*  
(Para el Sorteo de regalos)  
*Madrid*  
*Apartado 447*

y por el reverso (dorso o revés), así (por ejemplo):

Número elegido

0	2	7	4	4
---	---	---	---	---

Remitente

apellidos = Gómez de la Torre

Nombre = Clodomiro

Población = La Higuera

Calle = del Casino nº 7

Provincia = Avila

6.ª Entrarán en sorteo todas las *plantillas* que recibamos completas (es decir, con dieciséis cupones o con un real en sellos por cada cupón que falte) antes del 10 de diciembre de 1927. Las que por cualquier causa lleguen después del 10 de diciembre no entrarán en sorteo aunque sean de América.

7.ª Tampoco entrarán en sorteo las *plantillas* que recibamos sin ajustarse estrictamente a estas condiciones.

8.ª Cada Pinochista puede enviar tantas *plantillas* como quiera, poniendo en cada una un número diferente; pero todas han de venir con los cupones o, en su defecto, con el importe correspondiente a razón de veinticinco céntimos en sellos por cada cupón.

9.ª Los premios serán, respectivamente, para aquellos que hayan elegido los números más aproximados a los de los premios primero al quinto, ambos inclusive, del sorteo de la Lotería Nacional del 22 de diciembre de 1927.

10. El tomar parte en este sorteo implica la aceptación de todas sus condiciones y la sumisión a la autoridad única e inapelable de PINOCHO para cualquier caso de duda, discrepancia o imprevisto, así como la renuncia a toda clase de reclamaciones por cualquier concepto.



PLANTILLA remitida por

D. ....

Población .....

Calle ..... núm. ....

Provincia .....

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

Debe recibirse antes del día 10 de diciembre de 1927.

Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 1. Aquí se pega el	Cupón número 2. Aquí se pega el	Cupón número 3. Aquí se pega el	Cupón número 4. Aquí se pega el
Cupón número 5. Aquí se pega el	Cupón número 6. Aquí se pega el	Cupón número 7. Aquí se pega el	Cupón número 8. Aquí se pega el
Cupón número 9. Aquí se pega el	Cupón número 10. Aquí se pega el	Cupón número 11. Aquí se pega el	Cupón número 12. Aquí se pega el
Cupón número 13.	Cupón número 14.	Cupón número 15.	Cupón número 16.





# SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE  
PIRULA... BOR-  
DADORA

ANÉCDOTAS DE PIRULA

*Totín se marea.*—  
¡Pobre Totín! ¡Qué  
desgraciado es él!  
Y lo peor es que sus  
hermanos mayores,  
la risueña Lola, Pe-

pete «el Ciclón» y hasta la dulce Mercedesitas, en lugar de compadecerle, lo toman a broma y se rien de él.

Que ¿qué toman a broma? Pues su desgracia, la de marearse con una facilidad pasmosa, no ya solamente en «auto» o en el tren, sino hasta en tranvía.

Y no hablemos de los «tíos vivos» ni de las «olas giratorias» de las verbenas, que son para él terreno vedado, algo así como un paraíso movedizo en el cual él no ha de penetrar nunca.

Bueno, tanto como nunca, claro que no; seguramente «eso» se le pasará a Totín tan pronto como, de rubio y molettudo «baby», se convierta en todo un hombrecito.

Pero de momento, y como suele afirmar gravemente su papá, «no parece que el oficio de aviador se haya inventado para Totín».

Como la familia del tal Totín veranea en playa...

(A lo mejor os vais a creer que prefiero a mis lectorcitos «playeros», a los «serranos», «campestres» o «capital...istas» porque me ocupo de ellos con más frecuencia; pues no es así: a todos quiero lo mismo, si bien no puedo ocultar una leve debilidad por los que son mejores. Y me ocupo con frecuencia de los que veranean en playas, sencillamente porque ningún lugar ofrece mayor abundancia que el mar para temas «piruleros».)

... Hace unos días, papá alquiló un bote para dar un paseo, y el imprudente Totín se empeñó en ser de la partida.

No queráis saber lo que fué aquello: una tragedia en cinco actos y diecisiete cuadros.

Totín ha vuelto desesperado de su primera «travesía» y, para consolarle, la dulce Mercedesitas le ha prometido adornarle su «bloomer» de seda cruda con un barco bordado, aún más hermoso que aquel que fué escenario del drama en cuestión. Como sabéis seguramente, «bloomer» es una palabra inglesa que designa esas prendas tan prácticas y tan de moda actualmente para niños menores de cinco años, que se componen de dos piezas: una bragueta y un blusón recto que la oculta casi por completo. Totín tiene varios «bloomers»; pero ninguno resultará, seguramente, tan gracioso como el de seda cruda, en el cual la amable Mercedesitas ha bordado un velero a punto de cadeneta con algodón de bordar encarnado, haciendo juego con el escote, las bocamangas y el vivo que remata la bragueta. Mercedes ha quedado tan encantada con su labor, que se ha apresurado a hacer un «bloomer» idéntico a su «otro» muñeco, al de trapo, pues habéis de saber que Mercedesitas tiene varios muñecos, todos vestidos con modelos que yo, como a vosotras, le he dado.



*Dos apuestas originales.*—Apuesto a que llego antes que tú a aquel árbol.

—Apuesto a que no.

—¿Va un tomo de mi serie «Aventuras de Pinocho» contra un tomo de tu «Biblioteca Perla»?

—¡Va!

Y ya está la apuesta hecha. Es bastante fea la manía de las apuestas. Sin embargo, se han dado algunos casos de apuestas a las que se les puede perdonar todo en gracia a su originalidad.

Per ejemplo, la de aquel príncipe ruso que fué a París y apostó que lograría ser detenido aquel mismo día por la policía «sin provocarla para nada ni cometer delito alguno». Veréis cómo se las arregló para ganar.

Se compró en casa de un trapero un traje viejo, destrozadísimo.

Así, disfrazado de mendigo, el príncipe entró en uno de los más elegantes restaurantes de la capital de Francia, se sentó a una mesa en el centro del lujoso local y, en voz alta, pidió que le sirvieran langostas con salsa mayonesa, caviar, perdicés con trufas, y una botella del mejor champaña. Figuraos la estupefacción de los camareros. El gerente, suponiendo que aquel extraño parroquiano debía de estar ebrio, se acercó a él y le rogó que se marchase, explicándole que aquel restaurant no estaba hecho para los pobretones como él, ya que jamás había de poder pagar precios tan elevados como los que allí regían.

—¿Cómo que no? —exclamó el falso mendigo—. ¡Si a mí lo que me sobra es dinero!

De uno de los bolsillos de su miserable americana sacó una cartera magnífica y extrajo de ella un fajo enorme de billetes de Banco. No cabía duda: se trataba de un peligroso malhechor que acababa de desvalijar a alguien, quizá de cometer un asesinato. El gerente, asustado,

fingió ordenar a los camareros que «sirvieran al señor lo que había pedido...» y corrió a avisar a la policía. Pocos minutos después dos agentes se acercaban al pordiosero.

—¿Quién es usted? —le preguntaron.

—Yo soy el príncipe de X —contestó.

Esta vez los agentes, el gerente y los camareros se miraron todos a una y se llevaron el índice a la sien. ¿Se trataba realmente de un loco? Le llevaron a la Comisaría y allí todo quedó en claro. Todo París se rió de la aventura, menos el infeliz a quien el príncipe había ganado la apuesta de una manera tan ingeniosa como pintoresca.

\*\*\*

La segunda apuesta es la de un señor inglés que apostó que permanecería un día entero en una esquina de una calle de Londres ofreciendo a los transeuntes monedas de oro por diez céntimos, y que «nadié se las quería comprar».

En efecto, la gente pasaba sin hacerle caso, creyendo que aquello era una broma y que las monedas serían de chocolate... si acaso.

Y, sin embargo, el pobre señor perdió su apuesta: una nodriza le compró una de sus monedas «para entretener al nene que lloraba».